

EL EJEMPLO DE UNA ESCRITURA

(Presentación del libro *Secreter* en la UNEAC de La Habana, Cuba, 14 de abril de 2000)

por Marino Wilson Jay, poeta de Santiago de Cuba.

Para algunas comunidades antiguas el mar era tierra movediza. En el corazón de sus recintos, deidades de color azul se jugaban la suerte de los hombres. No sólo en el cielo los hombres clasificaban nuestro destino; también en los predios oceánicos y en las inmensidades profundas se echaba nuestra suerte.

Que yo sepa, Jorge Manrique fue el primero bajo el sol de occidente en percatarse que nuestras vidas no iban a las alturas, sino a las aguas salobres. Más de 500 años después, Con su porte hispana, rectifica al poeta de Paredes de Nava con este comienzo.

Las pasiones desembocan al mar.
Allí estallan o se curan,
allí los poseídos por el fuego
encuentran el poder que rebasa su incendio:
Oleaje continuo capaz de sofocar
desde la primera chispa,
hasta la última reverberación.

El mar azul de venas, corazón desflorado,
es un reloj de espuma que disuelve
el pulso ebrio.

No nos hagamos ilusiones, esta fiebre, como es evidente, está signada por emanaciones antagónicas: la humedad y el fuego. He ahí los atributos con que *Secreter* reclama un sentido para iniciar su espacio en el mundo. El conocimiento por la carne, la mujer y el hombre dando testimonio de los universales; avanzan más allá de cualquier metafísica inclusiva. Es en la naturaleza, -pues ella es acto-

donde los cuerpos de esta poesía (cuerpos directamente humanos) se rebelan contra el equilibrio.

Los besos estallan entre los muros, los ríos sanguíneos dejan cicatrices en los versos. Y esa energía igual sobrevive frente al imaginado viaje a la casa de Vincent van Gogh, hasta que la realidad sorprende el abrazo fundador de los amantes.

Aquí el impulso enfrenta su goce a lo menguado y oscuro. La pareja sirve para iluminar. Y si no existe el suceso, si los dos no borran la muerte es que ha triunfado a muerte.

*Ella siente tras de sí la embestida
que busca hendir su carne entre la ropa;
se apoya contra la cripta,
siente en su rostro la frialdad del mármol.*

*Los embates arrecian,
jadeo y gemidos borran
un antiguo epitafio.*

Yo no intentaré ofrecer un veredicto en relación con estos poemas. Me basta saber que Iliana Godoy , al desentrañar el lenguaje de los cuerpos, edifica un discurso violento. Ella no emite señales únicamente para los iniciados en el ritual. Ella canta para toda la tribu; y esos se llaman el Uno que entra y la Una que recibe. Entonces la repetición es siempre inaugural.

*Sólo podemos recomenzar
Nuestra ruina rebasa cualquier derrota*

*Mutíleme, bórrame, constrúyeme de nuevo,
dame la ultima gota de tu hiel,
eternidad.*

*Una mirada,
rayo de la muerte que finge lo absoluto.*

Sacerdotisa de un culto en el que la palabra raja los objetos, Iliana oficia con el furor de las aves migratorias. El resplandor es el amanecer que según su decir puede separar “en dos el mundo”; para el vuelo se requieren vigilantes pupilas; viene la transfiguración; el poema gana su “rojo” y su “ negro”, pues antes fue el germen el la “Hispania Ultramarina”.

No tardo más; junto a Iliana Godoy, en todo caso, debemos enaltecer el laberinto de la solidaridad.

*Había dos camas. Las desvestimos,
las anudamos juntas con una sábana.*

*Nuestros cuerpos ardorosos se tendieron en cruz sobre el tajo
abismal.*

*Un puente de cinturas cabalgó noche abajo
el río del misterio.*

Les pregunto a ustedes, queridos amigos ¿Para qué más? ¿Para qué más? ¿Para qué más?